

# El Paso del Norte

Por Juan Vicente Lobato "Roac"

Primer Puesto, Premios Gandalf 1997



SOCIEDAD TOLKIEN ESPAÑOLA



Aquel invierno era especialmente duro, apenas si podían recordar los hobbits otro de igual rudeza. La nieve había cubierto generosamente las suaves colinas de La Comarca. Las ramas de los árboles se quebraban por el peso y el viento helado corría veloz por los caminos desiertos de las cuatro Cuadernas.

Las primeras nevadas aparecieron a principios de noviembre, dulcemente, envolviendo la tierra trabajada con un manto blanco donde los pequeños hobbits correteaban alegremente. Pero más tarde las borrascas enfurecidas se apropiaron de la región, golpeando las ventanas, derribando los débiles tejados pajizos de los smials y dejando aislados numerosos pueblos.

Todo ello obligó al estimado Gerontius Tuk a abandonar su cómodo hogar en Grandes Smials para ocuparse de aquellos problemas que se habían presentado. Entre las atribuciones del Thain, sin duda la menos valorada por los vecinos era la de vigilar los caminos, asegurar el servicio de Correos, y en definitiva cuidar de todos aquellos hobbits que se diseminaban por las suaves colinas de la Comarca.

Pues bien, aquella semana había sido especialmente agotadora, incluso para un Tuk como Gerontius. El Camino del Este, en dirección Hobbiton, estaba cortado por la nieve y la única vía de comunicación consistía en un largo rodeo por el Camino hacia el Valle Largo. La carretera a Cavada Grande debía ser constantemente despejada, ya que la nieve cubría de un día para otro todo lo retirado el día anterior. Además el servicio de Correos estaba paralizado, los víveres comenzaban a escasear y algunas granjas hobbits se habían convertido en refugio improvisado de numerosas criaturas del bosque.

Todo lo cual forzó al Viejo Tuk a visitar durante toda la semana los hogares rogándoles que tuvieran paciencia y que confiaran en una mejoría del tiempo para que pudieran solucionarse todos aquellos problemas. De manera que esa mañana de domingo era su primer descanso en diez días, sin embargo, cuando el Viejo Tuk se disponía tomar su primer desayuno, apareció su pequeño hijo Hildibrand en la cocina.

—Tranquilízate hijo no te alarmes. No es una novedad que llegue el viejo Nic Robledal y sus hijos, estamos a mediados de diciembre y todavía no han retirado su asignación de Hoja de Pipa, y ya sabes que es un deber de todo buen Thain "tener seca y lista una buena ración de Hoja de Pipa para sus ayudantes".

—Pero padre, no se trata de eso, sino de la Puerta Norte ¡¡Ha sido destruida!! — exclamó el joven Hildibrand, como si aquello anunciara la entrada de las huestes del Señor Oscuro en el Museo de Cavada Grande.

El Viejo Tuk miró primero a la amable señora Adamanta Redondo, y luego a su hijo, azorado y preocupado, rápidamente comprendió que no se trataba simplemente de un problema de asignación mensual de Galenas Dulces, sino de algo más grave. Así que soltó su octava rebanada de pan de centeno untada de mantequilla y con un gesto serio se dirigió a su hijo.

—Bien, cuéntame eso de nuevo Hildibrand, creo que no te has explicado correctamente. La Puerta Norte, la puerta de Los Robles, levantada por mis antepasados no puede haber sido destruida por una nevada, no querrás decir que ha sido dañada, bloqueada quizás.

—No padre, según ha dicho el propio Nic...

Pero su frase quedó cortada, cuando aparecieron en la cocina el Viejo Nic, y sus hijos Ferdin, Jim y Pic junto con todos los Tuk, que habían acudido a la sala tras oír todo aquel tumulto. El Viejo Tuk se quedó boquiabierto, la amplia cocina de los Grandes Smials, lugar de reunión de todos los hobbits de la Cuaderna del Oeste no acogía ahora ningún preparativo de ninguna fiesta, sino a los Fronteros del Norte que arrojaron al suelo... un escudo negro, oscuro, deforme y maloliente.

—Estimado Thain tu hijo Hildibrand ya te ha adelantado algo de lo que ha pasado y lo que ha pasado es mucho más de lo que nunca hubiéramos pensado que podría haber ocurrido, es necesario que convoques la asamblea y procedas a acantonar la  
Tropa.

—¡Basta de precipitaciones! —gritó enfurecido el Viejo Tuk, rompiendo toda la tensión acumulada en el Hogar—, todavía no he terminado mi primer desayuno cuando mi hijo Hildibrand me comunica graves noticias, mi cocina se ve invadida por todos los Tuk y demás familia y ahora vosotros, los Robledal, no sólo no contáis nada sino que osáis decirme lo que debo hacer, pues bien yo soy el Thain de la Comarca, y

sólo a mí corresponde tomar las decisiones, así que ahora, más tranquilo, sentaos y relatad todo lo ocurrido.

Sin duda alguna las cosas se habían precipitado más rápidamente de lo que desease todo hobbit, y más aún, cuando todos sabían que en la Comarca no se decidía nada sin que el responsable Gerontius Tuk lo hubiera previsto.

—Lo siento —dijo lamentándose Nic Robledal—, creo que esos sucesos me han desquiciado un poco, comenzaré contándote todo lo ocurrido desde el principio.

La familia Tuk se había acomodado de la mejor manera posible, sentados en sillas, bancos y mesas, todos aguardaban conocer lo acontecido.

—Pues bien —dijo Nic Robledal, tras respirar hondamente—. Todo ocurrió la noche del sábado, en la granja de Tocón Pieblanco, se habían extraviado varios carneros y su hijo Ramis se acercó al puesto de guardia solicitando nuestra ayuda, luego de dejar a Jim y a Pic, mis hijos mayores, me encaminé con Ramis y el pequeño Ferdin a inspeccionar el Bosque del Fardo, con la vana esperanza de encontrar algo, y fue allí donde se despertó mi instinto de antiguo cazador. Como tú sabrás el extremo norte del Bosque del Fardo se precipita en una oscura cañada por donde transcurre el Rio Lejano, afluente del Lhûn, la oscuridad era total, y apenas si los hachones nos iluminaban el camino por donde íbamos, pero en el fondo creímos ver una pequeña figura gris, que se movía con rapidez, saltando entre las piedras. Le dimos el alto, pero la figura desapareció, internándose en la Colinas Lejanas, así que me dirigí, no del todo seguro, a Tocón y a sus hijos Ramis y Trufo y les dije:

»Pienso sin duda alguna, que aquel espectro es el que te ha robado las ovejas y habrá huido con ellas.

Los hijos de Gerontius: Isengrim III, Hildigar, Isumbras, Hildigrind, Isembold, Hildifon y el pequeño Hildibrand, se miraron unos a otros, aquello era algo familiar, una pequeña figura gris, no un Elfo, y algo muy distinto a un hombre, aquello no podía ser otra cosa que... ¡¡Un Mago!!.

El Viejo Tuk se inclinó hacia Nic Robledal, y con una mirada profunda le preguntó,

—Esto sólo es parte de la historia. ¿No pensarás hacerme creer que ese "espectro" como tú le llamas destruyó las puertas para robar unas ovejas...? sigue con la historia.

—Bien, sigo —añadió Nic retomando aire—, debido al frío y a la amenaza de una nueva tormenta, abandonamos el Bosque y marchamos hacia el Puesto de Guardia, cuando un aullido lejano nos conmovió, un grito desgarrado, inhumano llegaba del lado norte de la Puerta. Corrimos hacia ella todo lo rápido que pudimos cuando una gran explosión seguida de una llamarada blanca iluminó todo el paso, dejando una columna de humo gris, que se elevó hasta el cielo, y un fuerte olor a madera quemada. El mayor de los miedos cruzó mi mente, mis hijos. Pero hubo suerte, se encontraban tumbados en la nieve, inconscientes pero sanos y salvo. Y más allá, junto a un montón de cenizas encontramos este sucio escudo.

El Viejo Tuk permaneció unos pocos segundos pensativo, toda esa historia requería un serio y detallado examen.

—Nic, ¿tú qué opinas de todo esto?

—En fin, yo no soy un experto en estas cosas —decía el Frontero con gesto preocupado—, pero creo que esto es obra de ese viejo que vagabundea por la Comarca, del mago ese Ginda, Genda... no, no ¡¡Gandalf, Gandalf!! Eso es. El mago y sus compinches robaron el ganado y huyeron camino de los páramos del norte, sin embargo, algo tuvo que suceder entre ellos, discutieron y acabaron peleando. Sin duda que el viejo acabo con alguno de ellos y ahora anda muy lejos, en cualquier parte de la Región.

Las palabras del cazador ocuparon toda la sala; todos los hobbits asumieron lo dicho por el sabio Nic y se preguntaron si todo aquel misterio y silencio que rodeaba al mago del traje gris no era sino un engaño para apropiarse de las repletas despensas de los hobbits. Era cierto que los pequeños habitantes de la Comarca desconfiaban del mago, solían evitarlo cuando se lo encontraban y solo algunos se atrevían a confiarle algún saludo. Sam Albafont, de Cavadas Grande afirmaba que había visto al mago cerca de Las Torres lanzando extraños conjuros y los Tejonera, vecinos de los Grandes Smials, aseguraban que a un primo suyo del Valle Largo lo mantuvo convertido en sapo todo un día por espiar sus hechizos. De manera que muchos hobbits desconfiaban de él y tenían la sensación de que aquella aguda mirada del sabio les traspasaba, les hurgaba en la

mente, por lo que el comentario de Nic Robledal no era del todo disparatado. Sin embargo, ¡¡cuán lejos estaban de saber que no había nadie en toda la Tierra Media, salvo otro hobbit, capaz de conocer lo que piensa un hobbit!!

El Viejo Gerontius Tuk había comprendido que el frío del invierno había atenazado el sencillo sentido común de los hobbits, así que pausadamente intentó tranquilizar a los medianos diciéndoles,

—Querido amigo Nic, queridos Tuk, parientes y vecinos (pues inexplicablemente la cocina se llenó sin que nadie se diera cuenta) este hecho es más grave de lo que nos gustaría pero no debemos por ello perder la serenidad, dejando a un lado las hipótesis del Viejo Robledal y a las que luego nos referiremos, hay que tener en cuenta que lo primero es reparar la Puerta de Los Robles, debemos evitar que accedan animales peligrosos u otras criaturas y luego ya indagaremos la pérdida del ganado y todo lo referente a... este escudo.

Debido a la dificultad de la tormenta no podemos convocar la Asamblea, así que reuniremos a la mayor parte de la tropa y partiremos hacia allí esta misma mañana.

¡Eso era todo, tanto revuelo para esto!, tan solo unos cuantos operarios encargados de reparar la entrada norte de nuestro "hogar". Los hobbits eran verdaderamente afables, pero veces también eran obstinados, el comentario de Gandalf era lo bastante objetivo como para descargar sobre el toda la fuerza de los Preceptos, aquello no podía acabar así.

—Señor Tuk —dijo algo irritado Eldegardo Bol, uno de los mejores ebanistas de la Cuaderna del Oeste—, no podemos pasar por alto lo del viejo Gandalf, quién sabe lo que puede llegar a hacer desesperado por el hambre.

—Eso, eso —dijeron todos—, hay que ponerlo a buen recaudo ya o bien deportarlo más allá de Bree.

El Viejo Tuk, estaba realmente sorprendido, no se explicaba que después de una semana de intenso trabajo se encontrara abandonado en su cocina, apartado de su querida mesa de castaño e inexplicablemente perdido entre hijos, nueras, cuñados, nietos, sobrinos, vecinos indiscretos y un extraño comensal que apuraba sus rebanadas

de mantequilla guardadas en la alacena del rincón. De modo que se levantó y blandiendo enérgicamente su cuchara de boj dijo,

—¡Queridos Hobbits!! No sé qué fuerza maligna ha destruido la Puerta del Norte pero no es nada comparable con lo que puedo hacer algunos de vosotros si no abandonáis pronto mi cocina y no regresáis perfectamente equipados aquí dentro de una hora. Así que marchaos todos, salvo los Tuk y los Robledal.

No pasó mucho tiempo cuando un nutrido grupo de hobbits se presentó a la entrada de los Grandes Smials. El contingente lo formarían unos treinta, armados con arcos de tejo y equipados con gruesos fardos, también llevaban unos veinte ponis con víveres y herramientas.

Abandonaron Alforzaburgo poco antes del mediodía envueltos en una violenta nevada que arreciaba sus caras menudas. La marcha era penosa pues los ponis se hundían en la nieve y el viento helado los paralizaba. Los hobbits permanecían callados intentando seguir el camino que se perdía entre la nieve.

Nic Robledal y sus hijos encabezaban la marcha junto con Gerontius Tuk que permaneció callado todo el día. Al atardecer, y tras abandonar las últimas granjas se dirigieron a los límites meridionales del Bosque del Fardo. Luego de bordear una pequeña ladera cubierta de abetos avistaron la frontera de la Cuaderna del Norte y a lo lejos las copas de los primeros árboles del Bosque del Fardo.

Gerontius Tuk se dirigió a Nic,

—Será mejor que busquemos un lugar para pasar la noche. Hubiera sido mejor acampar en el puesto de guardia, pero la nieve nos impide seguir el camino. Aunque mañana, antes del amanecer partiremos hacia las Puertas.

—Ya lo había previsto —contestó Nic—, así que antes de venir hablé con Penilón, el aserrador, para que nos preparase uno de sus almacenes, su casa es más habitable que la pequeña granja de Tocón Pieblanco.

Poco después, los hobbits, exhaustos, se derrumbaban en el cobertizo del afable Penilón. El viaje por las tierras heladas había acabado con toda sus fuerzas y ahora

apenas podían encender un fuego. Varios de los hobbits cobijaron los ponis en un lateral de la cabaña y el resto prepararon los lechos. Los hijos del Viejo Tuk, herederos de cierta autoridad, dirigían a los demás que obedecían reconocedores del poder inmemorial de los Tuk.

Penilón y sus cinco hijas dispusieron rápidamente la cena, a pesar del duro invierno reunieron comida bastante para todos los hobbits. También acudieron algunos vecinos pues el asunto era lo suficientemente grave. No se recordaba otra situación así desde que el abuelo Bandobras Tuk desbarató la incursión de Orcos.

El Thain preguntó a Penilón,

—¿Has tenido algún problema hoy, has visto algo raro?

—No, nada, estoy seguro, creo que el temporal no permite muchas alegrías a esos visitantes.

—Quien sabe, quien sabe —repitió el Viejo Tuk—, todo esto es muy extraño.

La noche se deslizó sigilosamente por las Colinas Lejanas. Los encrespados bosques de pinos exhalaban un olor extraño, parecía que toda la nieve se había corrompido y mudado en una masa pegajosa e incómoda. En un claro de la floresta, junto a un picacho de roca, el fuego de una pequeña hoguera luchaba por levantarse y el humo oscuro ocultaba voces ásperas.

—¡Tú, Guzán, maldito cien veces, busca leña seca, antes de que te levante la piel con el látigo!!

—Sí señor, sí señor —repetía temerosamente un pequeño orco peludo y paticorto que se perdió entre los árboles.

El gran orco que daba las órdenes era Orug, un terrible trasgo que vagabundeaba por las quebradas del Norte. Orug era el jefe de una docena de orcos que aterrorizaban las granjas al norte de Bree. Nadie sabía cómo habían llegado allí, pero lo que si sabían era que el temible invierno los había vuelto aún más salvajes y atroces. Continuamente

robaban y saqueaban, y aunque escaparon al ataque de algunos montaraces nada los había detenido. Y ahora se dirigían a La Comarca.

Orug exclamó otra vez.

—¡¡Vosotros, apestosas criaturas, quiero esta vez algo más que cuatro estúpidas ovejas, quiero una de esas pequeñas criaturitas y todo el oro que veáis!! ¡Malditos mequetrefes! que bien os vendría correr delante de un Elfo enfurecido, así veríais lo que es el miedo.

—Pero Señor —decían lamentándose—, el mago nos pulverizó, es demasiado fuerte. Orug, el orco negro y tosco, que había luchado en la invasión de Eriador, gritaba roncamente mientras escupía a sus secuaces,

—¡¡Estúpidos orcos!! el mago no es más que un viejo chiflado, un mago sin una vara no es más que una comadreja. Esta misma noche yo dirigiré el combate.

Aquellas palabras encendieron el espíritu de los orcos que saltaron burdamente, aullando y chillando. Uno de ellos cayó al fuego y los demás lo patearon hasta que saltó, quemado, huyendo por el bosque. Los demás continuaron empujándose y pegándose y aquello no podía significar otra cosa que... peligro.

En la cima de una pared rocosa una pequeña figura observaba toda la escena, se trataba de Gandalf. El mago rara vez se inmiscuía en estos asuntos, sin embargo, algo le preocupaba en particular, era bastante extraño que los orcos se atreviesen a tanto. Las cosas no eran tan sencillas como podían parecer a primera vista.

El Sabio Gris viajaba hacia la casa de Círdan cuando "casualmente" se vio sorprendido por la banda de Orug. En un primer momento creyó que se trataba de un grupo errante de orcos que se amparaban en el invierno para realizar sus correrías. Así, cuando los descubrió con las ovejas robadas a varias millas de la Puerta de los Robles les salió al paso, pulverizando a vario de ellos, pero aparecieron más, lo que le impidió actuar con rapidez y ante el temor de ser apresado huyó en dirección a la Cuaderna del Norte, y justo en la Puerta de los Robles desplegó toda su magia ahuyentando a más de quince pero desgraciadamente los goznes de hierro y los batientes de madera saltaron en mil pedazos. Luego todo se sucedió rápidamente, los orcos huyeron y el mago,

exhausto se retiró a algún refugio. Aquella insistencia de los orcos, la ferocidad y la imprudencia de acudir a la Puerta lo alarmó sobremanera. Pensó que aquel ataque a la granja hobbit ocultaba otros y más temibles propósitos. Más tarde pudo averiguar que sus pensamientos no eran nada erróneos. En realidad, aquel grupo era una horda perfectamente organizada procedente de Fornost, que por algún extraño motivo conocía perfectamente cuál era su destino y contra quien lanzaban sus ataques, y este motivo se le reveló más tarde.

—¡¡Orug!! —gritó Asnurz, un orco alto y corpulento—, no entiendo qué hacemos aquí cuando el oro y la cerveza se encuentran en abundancia en Bree. Nunca debimos abandonar las montañas para esto.

—Calla, sapo asqueroso —dijo Orug, al tiempo que le lanzaba un tizón ardiendo—, estos gusanos tienen más oro del que tú piensas y sobre todo los Tuk, ese es el nombre de aquellas miserables criaturas que lucharon contra nosotros, hace tiempo ya, cuando Morlazh, el capitán, murió decapitado. Esos malditos Tuk, tienen oro, y ese oro será para mí.

El trasgo era enorme, corpulento pero desproporcionado, unos enormes brazos musculosos le colgaban casi hasta el suelo, mientras que sus piernas eran pequeñas aunque robustas. Su cara era deforme y al respirar exhalaba volutas desagradables de vapor amarillento. El mago no dejaba de observarlo y al oír aquellas palabras amenazadoras se le heló el corazón.

—Tuk, Tuk, eso es una patraña, llevo escuchando ese nombre durante mucho tiempo, pero no sé si existen o es un cuento del Jefe para meteros miedo y además yo no he visto oro por ninguna parte en esas estúpidas granjas —dijo Asnurz mientras sus terribles garras manoseaban el fuego.

—Imbécil, medio-orco —gruñó Oruz—, se trataba de entrar con cuidado y capturar algún bicho de esos, que nos informara dónde viven los Tuk. Ahora todo será más difícil. Odio a estos Olog-Hai, no tienen más que tierra en su cabeza.

Ese era el plan de Orug, aprovechando las fuertes nevadas decidió asaltar La Comarca, para saquear la casa de los Tuk y acabar con todos. La idea podía parecer descabellada si no fuera porque el nombre de Bandobras Tuk aún paralizaba a los orcos

del antiguo reino de Arnor. La muerte de Morlath a manos del hobbit era algo que no podían olvidar y cuyo recuerdo aun quemaba los rincones más sucios de sus negros corazones. La venganza junto a la codicia empujaba a aquellas bestias a los más terribles crímenes.

Transcurrieron cerca de dos horas cuando Orug, el orco Uruk-Hai inició la marcha. La luna se ocultaba y las estrellas diminutas desaparecían lentamente. A lo lejos, de entre las brumas surgía un débil sol que apenas iluminaba los campos blancos de Eriador. Gandalf agradeció la tregua del tiempo y pensó que los hobbits estarían alertados y dispuestos a luchar.

La noche inundó toda la región, sumergiendo a la Compañía del Viejo Tuk en un extraño desasosiego. Las sombras habían traído recuerdos de un mundo distinto, habitado por innumerables seres, poblado de raras criaturas que no dudarían en asaltar aquella tierra. Las antiguas crónicas, que ocupaban algunas líneas en los libros de historia, aparecían ahora más vivas que nunca. Sobre todo en los hobbits más jóvenes, aquellos que se agolpaban junto a la ventana, escudriñando en lo profundo de la oscuridad un peligro desconocido pero real, esperando un encuentro incierto, pero inevitable. Aunque ahora se encontraban lejos, muy lejos de todo eso, en un hospitalario hogar hobbit, un lugar a salvo de todo mal, un refugio seguro, una isla en un mar amenazante.

El cobertizo de Penilón era bastante más amplio de lo que a primera vista parecía. Sus paredes combas se introducían en el interior del monte ocultando a la vista un amplio granero donde almacenaba grandes balas de heno. Allí, entre las hierbas secas prepararon las hijas del aserrador la cena para los hobbits, tarea que fue compartida con algunos vecinos que acudieron ante lo extraordinario de los hechos. De este modo los Pedregal, Norteño y Terroso se presentaron con toda clase de alimentos, carnes saladas, frutas y bebidas, esperando escuchar las sabias órdenes del Viejo Tuk.

La cena transcurrió rápidamente envuelta en un gran silencio. Al acabar, todos se reunieron junto al fuego, intentando olvidar el viento helado que silbaba entre los árboles. Algunos se acercaron a encender sus pipas, otros se limitaban a observar las llamas suaves y tenues que iluminaban la sala. El baile del fuego describiendo continuos e inverosímiles movimientos sumergió a los hobbits una falsa serenidad. Pero la voz del Tuk despertó la realidad en sus corazones.

—Amigos hobbits de la Comarca, no quiero alarmaros, pero tampoco debemos ocultar el problema. He pensado bastante en lo ocurrido la noche del sábado y creo que el asunto puede ser más grave de lo que podríamos haber imaginado, y sé también que muchos de vosotros así lo pensáis, quien robó las ovejas no fue ningún Elfo, ningún mago y mucho menos mi amigo Gandalf; sino otras criaturas, que no desearía nombrar pero que debéis conocer, creo que fue... —y entonces el tono se hizo aún más grave— una abominable banda de ORCOS.

Un silencio granítico sepultó los corazones de los hobbits.

—¿Cómo? —dijeron a la vez Penilón y su primo Barbo Pedrega.

—¡Orcos!, ¿estás seguro?, eso es imposible, tu abuelo Bandobras Tuk acabó con ellos. Insisto en que esto es obra del nigromante, ese mago nunca me mereció confianza —afirmó Nic Robledal en un tono tajante que convenció a los presentes.

—¡Eso, Eso! —afirmaron otros hobbits— Ese oscuro hechicero no hace sino caminar en la oscuridad y conversar con criaturas extrañas.

Pero en realidad los medianos no creían en sus palabras, algo en lo más profundo de sus corazones les decía que aquello no era obra de Gandalf. Los hobbits desconfiaban del sabio pero no lo temían, al menos no como a un orco, un troll, o un animal salvaje, tan sólo cómo alguien capaz de adivinar sus pensamientos, de convencerlos, de complicarlos en algo realmente incómodo.

Gerontius Tuk conocía con perfección a sus convecinos e ignorando los comentarios realizados dijo,

—Queridos habitantes de la Comarca, he meditado durante mucho tiempo y queramos o no, ese repugnante escudo no pertenece al mago Gandalf, que bien todos sabéis que lo único que ha hecho es alegrar nuestros corazones con sus fuegos artificiales, sino una banda de trasgos...

Pero sus palabras fueron nuevamente interrumpidas,

—Señor Tuk, Señor Tuk, usted no podrá negarme que lo que yo vi en el bosque no fue un orco —Inquirió Nic Robledal.

—Nic, no niego que tu no vieras algo raro, es más yo también creo que Gandalf anduvo por aquí, lo que me lleva a pensar que lo ocurrido es lo suficientemente grave como para despertar su interés. ¡Cuánto me gustaría haberle visto y hablar con él! Sin embargo ahora estamos solos y solos debemos afrontar el peligro. Hobbits es hora de descansar, mañana, al alba, partiremos hacia El Paso del Norte.

Las sabias palabras del Tuk convencieron a los hobbits que se retiraron a dormir. Había llegado el momento de luchar por La Comarca.

Al caer la luna el Viejo Tuk ordenó iniciar la marcha. Al grupo se le unieron algunos hobbits de las granjas cercanas y ahora llegaban al medio centenar.

La Puerta de los Robles se escondía en un cerrado desfiladero a pocas millas del agujero del viejo Penilón. Las puertas se levantaban sólidamente sobre unos sillares de piedra, oteando de modo solemne un profundo valle cubierto de abetos. El camino zigzagueaba por la ladera de la montaña hasta que se precipitaba, tras la puerta en una inclinada pendiente. Si bien su acceso era fácil desde la Cuaderna del Norte, desde el otro lado su dificultad era sin duda notable, pero a pesar de ello, aquel era el principal camino de entrada por su cara norte.

—Padre —dijo Isengrim—, ¿esperas realmente un ataque de los orcos?.

—No lo sé —contestó Gerontius Tuk—, no conozco muy bien sus costumbres, tan sólo sé que la intervención de Gandalf constituye una señal de alarma, sin duda, ha querido alertarnos de algo, por lo cual debemos apresurarnos para reparar con rapidez las puertas. Los orcos son unos combatientes feroces y salvajes, y reconstruir ese puesto es nuestra única esperanza.

Las palabras del Viejo Tuk reanimaron el paso de los hobbits, que a pesar de la espesa nevada caída, cubrieron la distancia en pocas horas. Así poco antes del mediodía alcanzaron el desfiladero. Las tormentas habían cesado pero la nieve cubría todo el puesto fronterizo, amontonada sobre las hojas despedazadas de la puerta. El Viejo Tuk

comprobó cómo el hechizo del mago había destrozado las dos hojas de madera, los goznes de hierro se habían deformado y algunos sillares de piedra estaban desencajados. El daño era total, la antigua puerta del norte, La Puerta de los Robles, como la conocían en la Cuaderna del Norte, había estallado en miles de astillas. Gerontius Tuk no pudo evitar que el desasosiego cubriera su corazón, aunque debía actuar rápido, ya que negros nubarrones descendían desde el norte anunciando oscuros presagios. Debían sustituir completamente las dos puertas y fundir de nuevo los goznes sin embargo aquello llevaría mucho tiempo, por lo que el hobbit ordenó cerrar el paso con una alta empalizada de postes de madera.

Los Tuk dirigían el trabajo. Comenzaron talando algunos árboles y pronto los troncos se agruparon en un lado del camino. Penilón los desbrozaba y labraba con rapidez. Al poco tiempo dispusieron de un número suficiente para cerrar la entrada. Los hobbits eran buenos artesanos, aunque no tan diestros como los Enanos, sin embargo antes de caer la tarde el trabajo estaba casi concluido.

—Bien hobbits el trabajo casi ha concluido —dijo el Viejo Tuk, mientras observaba las recias filas de troncos y el hueco que quedaba por cubrir. Era una doble fila de gruesos maderos, unidos con cuerdas capaces de sujetar la embestida de un oso—. La tormenta se acerca. Así que pasaremos aquí la noche haciendo guardia en el puesto de los Fronteros.

—Señor Tuk, ¿qué habrá pasado con el mago? —Preguntó Nic.

—No lo sé, me hubiera gustado hablar con él.

Un viento frío comenzó a soplar desde el norte, acompañado de algunos copos de nieve. Al poco tiempo la tormenta descargaba con crueldad toda su dureza. Ráfagas enfurecidas levantaban la nieve arrojándola contra las caras de los hobbits entorpeciendo las labores de reparación. Las voces de los medianos se perdían entre los ruidos del vendaval. La situación empeoraba por momentos. Los hobbits se precipitaron en una alocada y desorganizada actividad, intentando cerrar la empalizada.

De pronto, una nube de flechas ardientes voló desde el otro lado de la puerta yendo a caer sobre los troncos amontonados. Gerontius Tuk y los demás hobbits se

quedaron inmóviles, atezados, envueltos en una humareda profunda y negra. Al disiparse pudieron contemplar estupefactos como una mole grasienta irrumpía por el hueco que quedaba por cubrir. El Viejo Tuk reconoció al trasgo y lanzándose contra él gritó.

—¡¡¡A las Armas, los orcos nos atacan!!!

Los hobbits reaccionaron con extraordinaria celeridad lanzándose contra los orcos con una fuerza prodigiosa, parecían guerreros experimentados alertas contra cualquier enemigo y no ese pequeño pueblo campesino y asustadizo que algunos suponían. De este modo los hijos del Tuk se lanzaron contra el Asnurz. El orco olog-hai, retrocedió ante el empuje de las hachas de los hobbits. Sin embargo otros orcos penetraron tras él por aquella abertura que se adivinaba fatal.

Gerontius con firmeza y carácter encabezaba la defensa.

—¡¡Rápido, Rápido disparad!!

Varios hobbits apostados en los torreones descargaron sus arcos contra los orcos sin embargo las flechas rebotaban en las duras armaduras por lo que tuvieron que apuntar a sus caras logrando así acabar con algunos de ellos. No obstante los hobbits comenzaron a rechazar a los orcos acorralándolos contra los sillares de piedra. Los hijos del Tuk luchaban con enorme rabia, sus espadas brillaban en la nieve golpeando los negros escudos de los trasgos. Asnurz y los demás orcos apenas podían responder los ataques. No pensaban que podrían enfrentarse a tan bravos combatientes, de manera que aterrorizados huyeron abandonando el puesto fronterizo, en dirección a las Colinas Lejanas. Pero los hobbits enfurecidos corrieron tras ellos, alcanzándolos uno a uno. Ninguno de los orcos que entró por la empalizada salvó su vida.

Gerontius ordenó dar sepultura a los hobbits caídos en un claro del bosque junto a un grandioso roble. Habían muerto cinco hobbits y diez estaban heridos. Los orcos fueron enterrados en una fosa y cubiertos con piedras.

El Viejo Tuk extenuado ordenó cerrar la empalizada. Los hobbits tomaron los últimos árboles para cerrarla. Pero en aquel momento un golpe atronador se elevó por

las paredes rocosas del desfiladero seguido de un aullido profundo que sorprendió a todos.

Los hobbits que estaban en la puerta cayeron de espaldas. Orug el orco, apareció cabalgando un espantoso lobo. Había saltado por el hueco de la empalizada y ahora se encontraba a espaldas de los medianos. Aquella bestia era violenta y aterradora para cualquiera, incluso para los guerreros más experimentados, cuanto más para aquellos granjeros hobbits.

El Viejo Tuk observó a Orug, su aspecto despiadado y sus ojos hinchados por el odio y comprendió que el orco sólo pensaba acabar con él, destrozarse al sucesor del gran Bandobras Tuk. De manera que decidió esperararlo con su pequeña espada en la mano. El orco emprendió una carrera enfurecida por el camino nevado. La respiración jadeante del animal se elevaba en el aire y el ronco rumor de sus fauces llenaba las montañas ocultando los feroces berridos del trasgo. El Viejo Tuk esperaría hasta el último momento y después el destino decidiría. El encuentro se presagiaba fatal. La hoja curva del sable del orco volaba pesadamente por el aire hacia el hobbit. El Viejo Tuk presentía un terrible golpe y quizás... la muerte. Aquella escaramuza con los orcos no solo no había evitado el mal sino que había azuzado su rencor.

Pero, todo cambió en un momento. Una luz blanca y radiante sorprendió la galopada del orco. Un trueno solemne sacudió la montaña mientras una columna de humo blanco ascendía hacia las nubes. El orco rodó por los suelos, cayendo a los pies de una figura gris. Una voz clara, fuerte se alzó ante todos.

— ¡¡¡Atrás, Atrás, Criatura oscura!!! —dijo Gandalf levantando su vara. La espada del orco saltó en mil pedazos y sus ropas se prendieron en un fuego azul—. Fuera de Eriador, ¡¡Nur an edraith annmen!!

El orco rodó envuelto en fuego por la ladera de la montaña y el lobo cayó por un precipicio rocoso, rebotando entre los árboles nevados.

—Gandalf, alabado seas, siempre apareces en el mejor momento.

El mago había aparecido súbitamente desplegando todo su poder. Los hobbits se

quedaron sorprendidos, nadie lo había visto llegar y ahora se encontraba ahí majestuoso, como un grandioso guerrero al que se rinden las más terribles huestes.

—Amigo Tuk —dijo Gandalf—, no dudé en ningún momento en ayudaros, pero a veces la magia no es suficiente en un mundo hecho para el hombre, todo se complicó y al final vosotros mismos lo habéis solucionado, yo tan solo he sido una pequeña ayuda.

—Una pequeña ayuda que me ha salvado la vida —dijo Gerontius Tuk.

Por fin los últimos árboles fueron colocados cerrando El Paso del Norte. Un sólido muro de madera se había levantado protegiendo a la dulce Comarca del peligro exterior.

—Justo a tiempo —comentó Nic Robledal.

Sí, justo a tiempo. En aquel momento la tormenta se desplomó sobre el desfiladero levantando gruesos copos de nieve. Pronto el Paso del Norte estaría nuevamente bloqueado.

—Señor Tuk, con unos pocos hobbits más mis hijos y yo guardaremos las Puertas hasta que el tiempo mejore y podamos reconstruirla. Tenemos bastantes provisiones para varias semanas y por ahora no creo que nos perturben criaturas extrañas. Podéis marcharos tranquilos.

—Esto me enorgullece —dijo Gerontius Tuk—, en fin todo ha concluido felizmente gracias a Gandalf.

El comentario sonrojó a Nic Robledal que dirigiéndose al mago dijo

—Lo siento, señor Gandalf, uno no termina nunca de meter la pata.

—Tranquilo Nic —dijo el mago—. Haces bien en desconfiar de todos aunque éste sea un viejo mago como yo. Marcha sereno, observa y no dudes en avisar si ves cosas raras, algo me dice que no todo está calmado.

El Viejo Tuk despidió a Nic y a sus hijos, y ordenó marchar hacia el aserradero de

Penilón. El sendero estaba totalmente cubierto de nieve y la tormenta se disponía a ocultarlo aún más. Pero a pesar de todo la marcha era alegre, y algunos hobbits comenzaron a entonar canciones.

El descenso hacia el valle era rápido a pesar del frío, llegarían al caer la tarde sólo quedaba cruzar el puente de madera sobre el Río Frío y descolgarse por la pendiente cubierta de abetos. Sin embargo al doblar un recodo comprobaron como el puente estaba a punto de desplomarse. Un alud de nieve había afectado a los postes de fijación debilitando su estructura que apenas podían sujetar los tablones.

—Deberíamos descender por la garganta hacia el río y luego retomaremos el camino. Aunque la bajada sea peligrosa, más peligroso es intentar atravesar el puente...

—Eso es imposible —dijo Gandalf—, la tormenta se acerca y no podemos descolgarnos por el precipicio, será mejor que crucemos con cuidado.

El puente era un armazón de madera sujeto con cuerdas que salvaba una profunda garganta. Podía soportar bastante peso pues los hobbits lo hicieron pensando en soportar el tráfico de ponis y carromatos pero ahora estaba dañado y desconocían si podía aguantar. Los hobbits comenzaron a cruzarlo en fila de uno. La marcha era lenta pues las maderas crujían a cada paso amenazando con desplomarse en cualquier momento. Poco a poco los primeros hobbits empezaron a llegar al otro lado. Tan sólo quedaba por cruzar a Gandalf y el Viejo Tuk. Ahora la compañía se extendía por todo el puente formando una delgada línea suspendida en el aire. El mago y el hobbit se encontraban en el centro del puente cuando apareció el gran lobo, no sólo no había muerto sino que saltando desde una peña apareció en medio del puente.

—¡¡¡Gandalf el lobo, el lobo!!! —gritó el Tuk.

El Viejo Tuk podía observar al animal amenazante dando vueltas en derredor. Su boca humeante, los ojos cargados de odio y el cuerpo cubierto de flechas que parecían no afectarlo. Todos permanecen paralizados sin saber que hacer esperando un movimiento.

—Gandalf, ¿qué podemos hacer?.

—No sé, Gerontius, un conjuro podría hacer estallar el puente y acabar con todos en el precipicio, lo mejor será huir.

—¡¡Huid, Huid, rápidamente!! —gritó el Viejo Tuk a los hobbits.

Los pies livianos de los hobbits trotaron por el puente pero el desplazamiento destensó las cuerdas, lanzando algunas tablas al vacío. Muy pronto aquel paso se perdería en la profunda garganta. Pero Gerontius Tuk y Gandalf permanecían aún en el centro del puente.

—Gerontius cruza el puente. ¡Sálvate! —dijo Gandalf.

—Gandalf, amigo mío no puedo abandonarte —dijo el hobbit que alzó su pequeña espada—, o los dos o ninguno.

—Si es así, ¡Crucemos ahora!

Y dicho esto mago y hobbit se lanzaron en una decidida carrera hacia el otro lado. El lobo estaba desconcertado, viendo como aquellas criaturas se les escapaban; pero su orgullo estaba dañado y se arrojó sobre el mago y el hobbit. El puente no resistió más y se rompió en mil pedazos. Cuerdas y maderas desaparecieron en la profundidad del desfiladero. Gandalf cayó del otro lado, más abajo el Viejo Tuk, aferrado a unos cabos deshilachados que lo balanceaban por el precipicio y a pocos metros la alimaña. El mago ascendió pero Gerontius Tuk estaba magullado e impedido. Intentó saltar pero quedó prendido en unos arbustos.

—Gerontius, Gerontius ¿me oyes? —dijo Gandalf.

—Si aquí, si aquí —grito desesperadamente el hobbit.

—Sube por la cuerda antes de que termine por romperse.

—No puedo estoy atrapado en un zarzal; la capa se ha enredado entre los espinos y no puedo soltarme.

Algunos hobbits dispararon sus arcos pero el lobo se mantenía lejos de su alcance, en un estrecho saliente Gerontius Tuk no cesaba de contonearse intentando subir pero cada vez se enredaba más. El animal estaba también prisionero y desesperado, pensó que su única esperanza era subir por encima del mediano y en último esfuerzo saltó hundiendo sus dientes en la capa del hobbit que apenas podía sujetarse. Ahora los dos estaban a punto de caer.

—Suelta la capa, desabróchala —gritó Gandalf.

Pero el mediano no acertaba a desprenderse de los botones, sus manos estaban heladas y el lobo tiraba con fuerza,

—¡¡¡Gandalf haz algo, si no moriré!!! —imploró el Viejo Tuk.

Gandalf estaba muy débil pero pudo hallar el conjuro preciso elevó sus brazos por encima de su cabeza y de su vara surgió una llama azul que despedazó la tela en mil jirones liberando al Viejo Tuk. El lobo, sorprendido, cayó, despeñándose por las paredes del desfiladero. Un terrible aullido sacudió las montañas hasta que se perdió en lo más profundo de la sima.

El cumpleaños de Gerontius Tuk aquella primavera del 2850 fue el más querido en su corazón. La comida había sido abundante y la bebida generosa. La cerveza corrió por las gargantas de todos los hobbits en veinte leguas a la redonda y los pasteles de calabaza provocaron más de alguna indisposición. La música y el baile se prolongaron hasta la mañana pero sin duda lo mejor fueron los fuegos artificiales del viejo Gandalf que poblaron los cielos con miles de luces.

El fuego del hogar de los Grandes Smials se consumía lentamente. Gerontius y Adamanta descansaban junto al mago que exhalaba círculos de humo, que se elevaban hasta el techo causando la admiración de los hijos del Tuk.

—Estimado amigo Gandalf, los Tuk no somos hobbits convencionales, es más, creo que ningún hobbit es convencional, por ello me honro con tenerte aquí, te debo la vida y quiero que siempre seas bienvenido a la Comarca, que los salones de los Grandes

Smials, no guarden secretos para ti —dijo el Viejo Tuk con un tono digno del más grande de los Thain.

—Querido Gerontius yo también me honro de vuestra amistad. De todos los hobbits que conozco los Tuk sois especialmente queridos para mí. No debéis nada, tan sólo deseo un poco de Hoja de Pipa y un fuego donde calentarme.

El Viejo Tuk agradeció las palabras del mago y tendiéndole un bote con tabaco añadió

—Sabes, este invierno cuando fuimos al Paso del Norte todos creían que tú eras el responsable pero yo sabía que tan sólo querías ayudarnos y así fue como finalmente nos salvaste la vida.

—Bien eso es cierto pero no estoy dispuesto a vigilar tus pasos por más tiempo, desde ahora tú cuidarás tus pasos.

En ese momento buscó en el interior de sus ropas y extrajo una pequeña cajita de madera de raíz con incrustaciones doradas, la acercó hasta Gerontius Tuk diciéndole.

—Toma esto es para ti, de este modo ningún animal se aferrará a tu capa.

El Viejo Tuk la tomó con cuidado entre sus manos. Sus dedos descubrieron la tapa y en su interior envuelto en un suave paño de seda verde había un par de botones de diamante.

—Botones mágicos por supuesto —dijo Gandalf.